

Aquellos, para quienes sean aun dudosas pruebas de esta naturaleza, depondrán por lo menos su escepticismo, si consultan la relacion irónica que el buen calvinista Sully hace en sus memorias, del modo con que Mornai defendió su causa (1).

La heregía quedó tan destruida, que uno de sus mas célebres defensores, Felipe Dufrene, presidente de la cámara mista de Castres, y elegido por los secretarios para ser uno de sus árbitros en la conferencia, no pudo resistir á la fuerza de la verdad, y abjuró una religion que solo se sostenia con imposturas. Si el segundo árbitro de los calvinistas, Isaac Casaubon, el cual quedó del mismo modo convencido, no tuvo la misma fuerza, debe atribuirse esto á la ligereza é inconstancia de su carácter, que estuvo siempre dudoso entre los dos partidos; y deseando congraciarse con ambos, cargó con el desprecio de uno y de otro. Correspondiendo su hijo con mas fidelidad á los impulsos de la gracia, abrazó algun tiempo despues la Religion católica, é hizo la profesion religiosa en el órden austéro de los capuchinos.

Mucho honró á Perron esta victoria; y el Sumo Pontífice le escribió usando de espresiones del mayor aprecio, y promoviéndole de allí á pocos años al cardenalato. Todos colmaron de elógios á este sábio prelado, el cual lleno de modestia en medio de su triunfo, y ensalzando á los demás para que nadie se acordase de él, dió con este motivo un testimonio brillante á la santidad de Francisco de Sales. „Es

(1) *Mem. de Sully. año 1600.*

poca cosa el convencer (decia). Estoy tan instruido en la verdadera fe, que no hay herege á quien no pueda confundir; pero convertirlos es obra de Francisco de Sales.” Tal es la idea que muy en breve se dió de Francisco aun en la curia romana, presentándole como una luz brillante que era necesario colocar en el candelero.

46. La vida enteramente apostólica de este ilustre misionero del Chablés habia inspirado á su obispo el designio y la firme resolucion de hacer que recayese en él su dignidad, y ya habia obtenido el consentimiento del duque de Saboya (1). Habiendo pasado Francisco á Annecy para dar cuenta al obispo del estado de la mision, le dijo el prelado que se affigia mucho al ver que le iban faltando las fuerzas y la salud en un tiempo en que aumentada su diócesis con una provincia entera, le era necesario trabajar mas que nunca; que no podia menos de recurrir al ausilio de algun otro, si no queria abandonar una infinidad de almas redimidas con la sangre de Jesucristo, y que habia puesto los ojos con él para nombrarle coadjutor ó ausiliar suyo. La disposicion de los Santos fue siempre una misma con respecto á las dignidades eclesiásticas, prescindiendo de la diversidad de tiempos y costumbres. La conversacion del obispo puso á Francisco en el estado mas violento en que se halló en toda su vida, de suerte que estuvo algun tiempo sin poder articular palabra. Recobrado de aquel sobresalto, dió gracias al obispo con la sensibilidad que

(1) *Anon. l. 1. = Aug. de Sal. l. 4.*

le era natural; pero protestó que jamás consentiría en que á una débil caña, como él era, se la impusiese una carga que es temible aun á los mismos ángeles. Nada pudo adelantar el obispo en aquel día, y sin hacerle mas instancias, se contentó con suplicarle, antes de separarse de él, que lo pensase con madurez y encomendase á Dios el asunto.

Entretanto hizo que le hablasen, aunque en vano, todos aquellos de quienes sabia que tenian algun influjo con él. Mas inútiles fueron las diligencias que hizo para el mismo fin con el conde y la condesa de Sales: no porque un corazon tan bueno estuviese destituido del respeto y cariño que debia profesar á unos padres tan amables, sino porque esto mismo le tenia más alerta contra las sugerencias de la carne y de la sangre. Dió muy bien á entender que la afabilidad que se admiraba particularmente entre todas sus virtudes, no disminuía en nada su firmeza, y era el fruto de muchas victorias en que habia subyugado sus propias inclinaciones. Tenia un genio naturalmente fuerte, y tan inclinado á la ira que no pudo domarla sino con unos esfuerzos que le amortiguaron la bilis en tales términos, que dicen se le petrificó casi enteramente la hiel. En fin, no hallando ya otro recurso el obispo de Ginebra, suplicó al Soberano que enviase á Francisco el despacho de coadjutor ó ausiliar, como lo hizo al momento, con órden espresa de que le aceptase, pena de desobediencia grave. No dejó el Santo de practicar todavía algunas diligencias para reducir al prelado. Fue, pues, á buscarle, y se quejó

amargamente de que sin embargo de haberle amado y reverenciado siempre como á padre, le oprimia con el peso de su autoridad, y le representó que él solo le hacia mas mal que todos sus enemigos juntos, y que si no se compadecia del exceso de su dolor, debia temer por lo menos la terrible cuenta que tendria que dar al Juez supremo por una eleccion tan poco acertada. Persuadido el obispo de que era aquella la obra mejor que habia hecho jamás, no le dió respuesta alguna, le abrazó tiernamente, y le exhortó á la confianza en Dios. No pudiendo ya dudar Francisco que resistiria al órden de la Providencia si se obstinaba mas, se sometió con una resignacion modesta, pero tan penosa, que le costó una calentura violenta y tan peligrosa que dió mucho cuidado por espacio de algunos dias.

A este grado llegó la humilde repugnancia de un Santo con respecto á la dignidad de obispo, y obispo de Ginebra, esto es, con respecto á un título despojado de casi todas sus rentas, y que no era mas que una obligacion de emprender trabajos excesivos, de esponerse á frecuentes peligros, y de sufrir contradicciones, insultos y vejaciones continuas. ¿Con qué ojos hubiera mirado esas sillas opulentas y pomposas en que no hay cosa que no contribuya á poner en olvido el ministerio de pastor, para abandonarse á la afeminacion y frivolidad, ó á la ambiciosa actividad de los grandes del siglo? Bien lo manifestó despues, cuando le ofrecieron la silla de la capital de Francia, sin poder obtener jamás el consentimiento que por

lo menos habia dado, aunque con mucha repugnancia, para ocupar la pobre iglesia de Ginebra. Nombrado al cabo de dos años obispo titular, conservó toda su sencillez apostólica sin ninguna afectacion, atendiendo á la decencia y al aseo, no menos que á la modestia, así en su persona, como en su mesa y en toda su casa. Jamás tuvo ningun mueble esquisito, ni tren, ni ninguno de aquellos adornos exteriores con que muchos prelados de su tiempo imaginaban que podia suplirse en la Iglesia lo que únicamente puede conciliar el respeto á sus ministros. Sin embargo, no solo gobernó su vasta y peligrosa diócesi con una autoridad ilimitada, sino que se hizo igualmente venerable al pueblo y al clero, á la nobleza y á la corte, ó por mejor decir á todas las cortes y á todas las naciones, y en especial á la nacion francesa, que se ha gloriado siempre de mirarle como uno de sus miembros.

Luego que consintió en ser ausiliar, le envió á Roma el obispo, á fin de concluir á la mayor brevedad un asunto que tanto le interesaba. Francisco se puso en camino con mucho gusto, esperando dar á entender al Papa la incapacidad en que se juzgaba de poder desempeñar las obligaciones del episcopado. Pero el obispo habia previsto este peligro; y para evitarle hizo que le acompañase su sobrino, canónigo y vicario general de Ginebra, hombre de un mérito extraordinario, y muy á propósito para llevar por sí solo todo el peso de una diócesi, en cuyo gobierno entendia, juntamente con su tio, á satisfaccion

de todos: de suerte, que si hubiera sido propuesto para ausiliar, ni el Papa ni el Príncipe hubieran tenido dificultad en acceder á ello. Pero no obstante que su tio conocia y estimaba su mérito, veía tambien que era mas sobresaliente el de Francisco. ¡Cuán heroica es la delicadeza que se hace tan superior á la carne y á la sangre! Aun los siglos mas florecientes de la Iglesia presentan pocos egemplos de un desinterés como éste: y á la verdad, no sabemos quién es mas digno de admiracion, el tio que formó semejante designio, ó el sobrino que procuró que tuviese puntual cumplimiento, pretendiendo con vivas ansias á favor de otro en perjuicio de sus propios intereses.

Habiendo llegado á Roma Francisco se acusó de incapacidad ante el Padre santo, y le suplicó que le eximiese de una obligacion que habia contraido con no poca violencia. Clemente VIII, que tenia grandes noticias de él, y le habia dirigido muchos breves, le dijo en dos palabras, que no tenia que hablar de un asunto que debia darse por concluido; le colmó de elógios, y le trató del modo mas honorífico. Quiso examinarle por sí mismo, no porque los obispos de Saboya ni los de Francia estuviesen sujetos al examen, sino por tener la satisfaccion de ser testigo de lo que publicaban tantas personas acerca de su capacidad. Correspondió Francisco de un modo tan completo á las esperanzas del Pontífice y de todos los concurrentes, que, arrebatado de admiracion el Padre santo, se levantó de su silla, le abrazó con paternal cariño, y allí mismo le nombró obispo de Nicópolis,

ausiliar y sucesor del de Ginebra. Antes del exámen habia pedido á Dios con mucho fervor que le cubriese en él de confusion, si no le llamaba al episcopado; pero salió de aquella prueba con admiracion de una corte, cuyo aprecio es el mas lisongero por ser el mas ilustrado. Así se complace el cielo, fiel á su palabra, en ensalzar al que se humilla.

47. Un objeto mas extraordinario llamó entonces la atencion de la corte de Roma y de los mayores Príncipes de Europa. Abas, Rey de Persia, apellidado el Grande, estrechaba fuertemente á los turcos en las provincias del Eúfrates, al mismo tiempo que el Emperador Rodulfo II trataba de despojarlos del reino de Hungría. El inglés Antonio Sirley, que se hallaba en Persia, y queria volver á Europa con un carácter distinguido, persuadió al persa, no solo á que enviase una embajada á los Príncipes cristianos, á fin de coligarse con ellos contra su enemigo comun, sino tambien á que le diese á él el encargo de esta negociacion, juntamente con uno de sus vasallos naturales. Los recibió el Emperador con mucho agrado, aceptó todo lo que le propusieron, y los envió colmados de regalos á los demás Príncipes de la cristiandad. Pasaron desde Alemania á Roma, donde al principio quedaron todos deslumbrados con la esperanza de hacer una guerra ventajosa contra el enemigo del nombre cristiano; y llevado el Papa de su celo, mandó que se les diese una gran cantidad de dinero; pero no tardaron en desacreditarse á sí mismos. Tuvieron desde luego unas reyertas tan fuertes

entre sí, que fue necesario señalar á cada uno su habitacion separada. Despues de esto se apoderó el inglés de la mayor parte de los regalos que enviaba el Rey de Persia á los Príncipes cristianos, y habiendo pedido prestadas algunas cantidades considerables á sus paisanos, desapareció con ellas, y se ocultó de tal manera que no fue posible encontrarle. El embajador persa se puso en camino, aparentando que iba á Francia, y tomando la ruta de España se dirigió hácia oriente. El único fruto de un proyecto, del cual se habian esperado tan grandes cosas, fue la conversion de tres persas, que se quedaron en Roma para que los instruyesen, y los bautizó el Papa por sí mismo.

48. Atendiendo Clemente VIII á los innumerables objetos de la solicitud pontificia, condenó poco despues un método relativo á la confesion, que no podia ser mas cómodo para los penitentes, ó por mejor decir, para los pecadores poco dispuestos á la penitencia. Aunque habia decidido el concilio de Trento, que los que pecaron despues de haber recibido el bautismo, deben presentarse al tribunal de la penitencia para ser absueltos por la sentencia del ministro, no faltaron algunos escolásticos, fértiles en sutilezas y distinciones, que renovaron las ficciones antiguas de que una persona ausente puede confesarse y recibir la absolucion por medio de cartas, ó valiéndose de otro sugeto. Sin duda alguna era maravillosa la invencion para aligerar en el sacramento de la penitencia lo que tiene de mas pesado el yugo de

Jesucristo, porque no es menos cómodo fiar la historia de nuestros desórdenes á un papel que en nada nos abochorna, que confesarnos, como los sacramentarios, con el Padre Eterno. Es sin duda alguna quitar á la confesion la parte mas penosa, dispensar á los pecadores de la obligacion de hacer de viva voz una relacion individual de sus iniquidades; y es quitarla tambien lo que tiene de mas saludable, lo cual constituye una gran parte de la penitencia para lo pasado, y uno de los preservativos mas eficaces contra la reincidencia. Muy sospechoso es el arrepentimiento cuando el hombre que perdió todo pudor al pecar, no sabe vencer el rubor en el momento de confesarse. Estos fueron los motivos que obligaron al Papa á dar una declaracion con fecha de 20 de Julio de 1602, por la cual condenaba la opinion de que se trata, como falsa, temeraria, errónea, y así prohibia sostenerla en público ó en particular, aun como simplemente probable, pena de excomunion reservada al Sumo Pontífice.

49. El dia 3 de Abril de 1603 murió, á los setenta años de edad, la enemiga mas mortal de la iglesia romana, la famosa Isabel, Reina de Inglaterra. En la larga série de su reinado, que habia durado cuarenta y cinco años, empleados casi sin intermision en oprimir á los católicos, se habia consumado la ruina de la iglesia británica sin ninguna esperanza de remedio, siendo ésta la principal causa de que los escritores sectarios la hayan tributado tantos elógios hiperbólicos. Merece ciertamente una parte de ellos por las

mismas cualidades que hemos confesado en Juliano apóstata, con el cual tuvo la mayor semejanza, á escepcion de las singularidades pueriles y de las locas extravagancias de que tuvo la gloria de preservarse, aunque hubieran sido mas excusables en su sexo que en aquel héroe extravagante. Pero marchitó todo el lustre de su genio poco comun, y de otros muchos dones extraordinarios que habia recibido de la naturaleza, con su manía sanguinaria por el establecimiento del cisma y de la heregía, con una crueldad bárbara que manchó los cadalsos con sangre de testas coronadas y de sus mismos amantes, con una pasion de dominar y una política que no conocia derecho de gentes, natural ni divino cuando oponian algun obstáculo á sus intereses, con una mala fe que no tenia egemplar hasta entonces. Fue tan impenetrable el disimulo de Isabel, que una gran parte de sus acciones son enigmas que no han podido esplicarse todavía. Esta muger, que hacia con tanta frecuencia de grande hombre, tuvo sin embargo una flaqueza que era manifesto indicio de su sexo. Parece increíble hasta qué extremo la arrebatava la hermosura, aun en aquella edad en que no pueden tener ninguna excusa semejantes devaneos. Algunos meses antes de morir cayó en una melancolía tan profunda que no queria hablar con nadie. Tenia siempre á la vista el retrato del célebre conde de Essex, á quien habia puesto en un cadalso, no obstante que le amaba en extremo. Cuando llegó á postrarse, dijo que queria morir, se empeñó en no tomar ningun remedio, y

murió sin ningún síntoma de enfermedad mortal.

50. Jacobo VI, Rey de Escocia, y primero de este nombre en Inglaterra, fue el sucesor de Isabel á causa de la heregía que profesaba, y de la vergonzosa apatía con que habia permitido que la Reina María de Escocia, su madre, estuviese padeciendo por espacio de diez y ocho años un cruel cautiverio, y que por último ofreciese al mundo la escena trágica de que ya hemos hablado. Fue éste el primer Príncipe que reunió bajo su obediencia los reinos de Inglaterra, Escocia é Irlanda, y el primero que tomó el título de Rey de la Gran Bretaña. Mostró unas inclinaciones tan pacíficas que se le acusó de poltron y desidiioso, y se fijó un pasquin en dos versos latinos, en que, haciendo comparacion entre él y la Reina difunta, se decia que la naturaleza habia cometido dos errores, uno en dar á ésta el sexo femenino, y otro en dar el sexo viril á su sucesor. Sin embargo, intentó establecer el episcopado anglicano en toda la estension de sus estados, con perjuicio de la secta de los presbiterianos, en la cual habia sido educado; y no habiendo podido llevar á efecto esta empresa, recomendó su egecucion al Príncipe, su hijo y sucesor. ¡Desgraciado celo de secta, que unido á la debilidad con que manejó las riendas del estado, fue la primera causa del horrible trastorno, de cuyas resultas acabaron con aquel hijo sus propios vasallos, y privaron de la corona á toda su línea!

51. En Francia, bajo el gobierno de un Rey mucho mas firme, y á pesar de sus prohibiciones

formales, los hugonotes indóciles admitieron en su conventículo de Gap, con los diputados de todas las provincias del reino, á los calvinistas estrangeros y aun á los luteranos de lo interior de Alemania. Solo sirvió esta asociacion para dar á entender con mas claridad que su doctrina respectiva era absolutamente inconciliable. Los luteranos no pudieron convenir con los sacramentarios en ninguno de los puntos controvertidos entre ellos. Pero convinieron todos unánimemente en decidir como artículo de fe, que el Papa era el Anticristo, el hijo de perdicion, la bestia vestida de escarlata, á la cual habia de esterminar el Señor con el soplo de sus labios, segun lo habia prometido, y empezaba ya á egecutarlo. Lutero en sus arranques frenéticos, y Calvino despues de él, habian dado ya estas calificaciones al Papa, aunque de paso, y sin pretender erigir este dictado en artículo de fe. No hay absurdo que no sea bien recibido en las sectas, ni que deje de hacer todos los dias nuevos progresos en ellas. Despues veremos como el ministro Jurieu, oráculo de su partido, tuvo la temeridad y la imprudencia de fijar la época precisa de la destruccion del Pontificado. Decidió el sinodo contra la creencia y la práctica de todos los siglos la nulidad del bautismo que no fuese conferido por un ministro. No queremos molestar al lector con la relacion de todos los delirios que allí se enseñaron acerca de la predestinacion, de la justificacion y de las satisfacciones de Cristo, ni nos detendremos en hablar de las fastidiosas investigaciones contra las sutilezas del

luterano Juan Ricator, no entendidas de él mismo ni de sus jueces. Pero no conviene pasar en silencio que Enrique IV y Sully, aunque calvinista, se indignaron contra la injuriosa decision relativa al Sumo Pontífice, y mandó el Rey que no se publicase.

52 y 53. En Polonia, no solo la heregía, sino tambien las impiedades horribles que habia producido, trastornaban todo el órden público y escitaban continuamente alborotos y turbulencias en el estado. La muerte de Fausto Socino, la cual en el año 1604 arrebató á estos impíos el gefe mas acreditado, no contuvo sus progresos. Dejó un gran número de discípulos, que para estar mas unidos tomaron el nombre de hermanos polacos, y cometieron mayores excesos que en los tiempos pasados, hasta que, haciéndose absolutamente intolerables, espidió contra ellos un decreto la dieta general del reino, obligándoles á refugiarse casi todos en Prusia, en Transilvania y en Holanda. Pero durante el reinado de Segismundo III causaron á este Príncipe unos cuidados é inquietudes, que no contribuyeron poco á que perdiese la corona que habia heredado de sus padres.

54. Segismundo, Rey de Suecia y de Polonia y católico sincero, deseaba en gran manera restablecer su Religion en el primero de estos dos reinos. El duque Carlos, su tio, luterano celoso, ó á lo menos muy hábil en aparentarlo, se valió de este pretexto, y de la potestad de regente que le habia conferido su sobrino, para indisponer contra él á sus vasallos, y en fin logró corromper tan generalmente á todas las

clases del reino, que celebró córtes en Nicopinc, donde hizo que se declarase por todos los votos la deposicion del Rey, su sobrino. El duque herege y pérfido fue despues elevado al trono por los cómplices hereges de su perfidia y rebelion; y en los veintiocho años que vivió todavia Segismundo, tuvo tantas cosas á qué atender en Polonia, que no le fue posible volver á adquirir el reino de Suecia.

55. No contento Enrique IV con reprimir el furor de los hugonotes contra la Cabeza de la Iglesia, tomó por último una resolucion invariable, que no fue ménos sensible para ellos, que agradable al Sumo Pontífice. Desde la espulsion de los jesuitas no habia cesado el Papa de hacer presente al Rey que aquel rigor contra una compañía tan benemérita de la Iglesia, solo podía lisongear á los enemigos de la Religion ó algunos católicos preocupados. En todas las audiencias que daba al cardenal Ossat, encargado en Roma de los negocios de Francia, le manifestaba el sentimiento que le producía semejante providencia, y el cardenal tenia grandes deseos de que se revocase. Estaba el Rey en esta parte con unas disposiciones tan favorables, que habia proyectado fundar un colegio en la Flecha y ponerle en manos de los jesuitas, como los mas á propósito (estas son sus palabras) para instruir bien á la juventud; pero era preciso proceder con mucha circunspeccion, porque aquellos padres tenian enemigos poderosos, y entre otros al primer presidente Aquiles de Harlay, uno de los mayores magistrados que ha habido en Francia,